



CAPITULO XXIII

DONDE SE SIGUE Á D. QUIJOTE HASTA LA CASA QUE ÉL TUVO POR CASTILLO

Quiso la suerte que hacia esta familia se dirigiese D. Quijote, entre la cual no era probable se le hicieran burlas pesadas, porque en su dueño concurrían la circunspección y la bondad, cualidades necesarias de un carácter elevado. Sea majestuoso el hombre, que esto vale mucho, y no halle placer en cosas que dicen mal con las circunstancias que le vuelven distinguido. Gran señor que se une á sus criados para matraquear á un huésped, no corresponde á los favores de la fortuna, ni sabe guardar sus propios fueros. Algo hay de indecoroso y reprehensible en ese empeño con que hacemos por divertirnos á costa de los dementes ó los simples: calavera puede ser un mozalbete casquivano; chancero es cualquier truhán; pesados son los tontos: el hombre de representación y obligaciones, por fuerza ha de ser filósofo, á lo menos en lo grave y circunspecto. Puede mostrarse alegre la virtud, mas huye de parecer ligera y socarrona: la sabiduría suele estar muy distante de la mofa, y es propio de ella el sonreír benignamente. D. Prudencio Santiváñez era un filósofo, bien así de natural como de educación: su calidad de padre le aconsejaba además ese porte elevado y señoril, tan conveniente para los que lo son de una numerosa familia. Sobre esto era de suyo hombre muy bueno, incapaz de hacer fisga de nadie, y tan compasivo, que no hubiera tocado

con la desgracia sino para remediarla, si le fuera posible, ó por lo menos aliviarla. Pero como la casa estuviese hirviendo en muchachones vivos y revolvedores, algo le había de suceder en ella á D. Quijote, aunque no aventuras de las que suele pasar en los caminos. Si no se hacía más que llevarle el genio, era darle gusto el proporcionarle ocasiones á su profesión, y excitarle á que tratase de ella con la verbosidad pomposa con que solía dilatarse en esa gran materia.

«En este castillo nos alojaremos esta noche, dijo á su criado: debe de ser su dueño gran señor que recibirá mucho contento de verme llegar á su casa. Ruégote, Sancho, que si hablas, sean discretas tus razones y te vayas á la mano en lo de los refranes, por que al primero de ellos no saques á relucir lo triste de tu condición y lo extremado de tu sandez. Quien bien quiere, bien obedece; y si bien me quieres, trátame como sueles. Sancho, Sancho, en la boca del discreto lo público es secreto; y no diga la lengua lo que pague la cabeza. — Medrados estamos, respondió Sancho: vuesa merced los echa á destajo, y los míos le escandalizan. Labrar y coser y hacer albardas, todo es dar puntadas, señor. Al cabo del año tiene el mozo las mañas del amo: vuesa merced me ha de pasar este mal de refranes, por poco que andemos juntos. — Una golondrina no hace verano, replicó don Quijote. Si á las veinte echo yo unillo es porque allí encaja; mientras que tú me hartas de ellos hasta en los días de ayuno. — Pescador que pesca un pez, pescador es, Sr. D. Quijote: si vuesa merced me echa una golondrina á cada triquete, yo le he de echar un rábano, y tómelo por las hojas. — Tú me has de matar á fuego lento, hombre sin misericordia, repuso D. Quijote; y te hago saber que tus trocatintas me escuecen más de lo que piensas; trocatintas en las cuales la sandez y la malicia se disputan la palma. ¿Qué dices ahí de rábanos, menguado, ni qué tienen que ver las bragas con la alcabala de las habas? Te has puesto á partir peras conmigo, y Dios solamente sabe en qué abismo te han de precipitar tu familiaridad y petulancia. Si tienes algunos otros refranes amotinados en el garguero, vomítalos antes

que lleguemos al castillo, porque delante de gente no me será posible tolerarlos. — Boca con rodilla y punto á la taravilla, dijo Sancho: por la cruz con que me santiguo, que no me oirá vuesa merced cosa que parezca refrán, adagio ni chascarrillo. — La boca hace juego, respondió D. Quijote; mira no salgas refractario. — Haré por cumplir mi palabra, señor. Mas dígame vuesa merced, ¿son tan malas mis razones, que así procura relegarlas á lo más obscuro de mis entrañas? — Por buena que en sí misma sea una cosa, como la dices fuera de propósito, viene á ser mala: sin oportunidad no hay acierto; y para el que siempre va fuera de trastes, el silencio es gran negocio. — Ahora bien, preguntó Sancho, ¿es castillo verdaderamente ése adonde estamos yendo?»

Mucho más le gustaba á este excelente hombre llegar á casas grandes, donde comía á su gusto, dormía sin cuidado y no se le manteaba, que á ventas donde los mojicones nocturnos menudeaban más de lo que él había menester. Buen cristiano era; mas que le persignasen con estacas, no tenía por sana doctrina. Á las bodas de Camacho hubiera concurrido cada semana; de la mansión de D. Diego de Miranda guardaba un dulce recuerdo; pero se dejara matar antes que volver á la venta de Juan Palomeque, ese demonio manteador para quien eran buena moneda las alforjas de los pasajeros, si éstos no le pagaban como príncipes su mala comida y peor cama. El chirriar de los capones en el asador, el bullicioso hervir de los guisados, el ruido-cillo de las frutas de sartén eran música para su alma; y donde veía columnas de quesos, sartas de roscas, ollas á las que pudiera espumar dos ó tres capones, allí era el paraíso de ese católico escudero. «Si el dueño del castillo adonde vamos, tornó á decir, es otro duque, desde aquí le tengo por mi amo y señor. ¡Ahí es nada echarse uno al colete un buen lastre! Pues digamos que me llevará el viento, si me apuntalo con dos frascos de tinto. Lo que no viene á la boda, no viene á toda hora, hermano Sancho, siguió diciendo dirigiéndose á sí mismo la palabra; sepa vuesa merced, si no lo sabe, que la otra gran señora tuvo cartas con una cierta Teresa Panza, y que á voacé le tuvieron por allá en

las palmas de las manos, y que de ese castillo no salió sino para la gobernación de una ínsula. — Todo el mundo sabe que has sido gobernador de una ínsula, dijo D. Quijote interrumpiéndole; pues no lo repitas á trochemoche. La gracia estuviera en que después de haberlo sido, vinieses á ser digno de un condado, y siendo conde, aspirases á un reino y lo obtuvieses. Alega lo que eres, no lo que fuiste, acaso sin merecerlo; ó no alegues nada, si deseas se te admire, cuando menos por la moderación y el silencio. — ¿Cómo es esto?, respondió Sancho: si callo los honores que he alcanzado gracias á mi Sr. D. Quijote, soy bellaco, ingrato, monstruo; si hago mención de ellos, no me escapo de ser vanaglorioso é impertinente. Vuesa merced hallaría de qué reprenderme aun cuando yo obrase como un santo, de qué corregirme aun cuando hablase como un catedrático. Sanan las cuchilladas, y no las malas palabras, señor; y si quieres matar al perro, di que está con mal de rabia. — Tras que la novia era tuerta....., replicó D. Quijote: amontonas disparates y desvergüenzas y vienes á quejarte de agravios que no se te han irrogado. Por lo que tienen de graciosas tus últimas razones, te las perdono; mas en llegando que lleguemos al castillo, muertos son los refranes, ¿lo juras? — Sean estos señores de los que comen de lo bueno, tornó Sancho á decir, y podré pasar hasta dos días ayuno de refranes. — Tú llevas siempre la mira puesta en la bucólica: dígame ahora que estoy á punto de no entrar en este castillo y dirigirme á un yermo, donde no haya ni bellotas ni cabrahigos ni cosa con que cebes tu hambre diaria. En el mundo se ha de ver escudero tan amigo de su buen pasar: tú naciste para confesor de monjas antes que para escudero de caballero andante. Huélgate cuanto quieras, pero sabe que estoy en un tris de echar á noramala á un regalón como tú, que no quiere vivir sino de gullerías.»

Entre estas y otras muchas razones que agregó Sancho, llegaron á la casa de campo, hacienda ó castillo, en uno de cuyos corredores se estaba paseando el dueño de ella. Después de saludarse mutuamente de la manera más cortés, dijo D. Prudencio: «Mi esposa se tendrá por favorecida en que se le haga cono-

cer *de visu* el caballero á quien todos conocemos de reputación. Apéese vuesa merced, y esta su alfana tendrá en mi caballeriza el puesto que le corresponde. — No es alfana, respondió D. Quijote, sino corcel. — Si vuesa merced no lo hubiera trocado con otro, este debe de ser el famoso Rocinante, dijo D. Prudencio; y éste Sancho Panza, el criado de vuesa merced, añadió mirando de propósito al escudero, quien, apeado á su vez, se estaba ahí espionando la ocasión de dar puntada en la plática. — Humilde servidor de vuesa merced, respondió el dicho escudero, y de mi señora la castellana, á quien deseo los años de santa Isabel y más hijos que á nuestra madre Eva. — El Señor os los dé, volvió á decir D. Prudencio: ¿en dónde acomodaría yo tanta descendencia, hermano, á menos que todo el mundo fuese mío? — Lugar no faltaría, respondió de nuevo Sancho: la tierra es grande y hasta los gusanitos tienen su manida, y los mosquitos del aire hallan una hoja donde albergarse; cuanto más que los estados de vuestra magnificencia deben de ser vastos; y como dicen, á más moros más ganancia; aunque dicen también: quien tiene hijos al lado no morirá ahitado, y los padres á yugadas y los hijos á pulgadas. — Calla, Sancho, calla, demonio, dijo D. Quijote: no descubras tu fondo tan desde el principio. ¡Oh hilo de plata!, ¡oh hilo de oro!, mal invertidos en esta burda tela. ¿Te habré bordado de tres altos, Sancho, para que no pierdas ocasión de poner de manifiesto la bayeta negra de que eres hecho? Si empiezas con tus refranes, ¿en dónde quieres que te esconda, pues no he de ir á mostrarte á la señora de este castillo, la cual debe de ser de las principales y más bien criadas? — Vuesa merced puede tranquilizarse á ese respecto, dijo D. Prudencio: á mi mujer le gustan de tal manera las ingeniosidades y los refranes de este buen escudero, que nunca ha sucedido que él llegase á fastidiarla en las mil veces que hemos vuelto á leer la historia del insigne D. Quijote de la Mancha. Sea vuesa merced servido de venirse conmigo, para que yo le presente á mi familia, de la cual será parte principal mientras tenga á bien honrarnos con su presencia.»



CAPÍTULO XXIV

DONDE SE DAN Á CONOCER ALGUNAS DE LAS PERSONAS CON QUIENES TENÍA QUE HABÉRSELAS D. QUIJOTE EN CASA DE D. PRUDENCIO SANTIVÁÑEZ

Entró D. Quijote con reposo y majestad imperial, y hecha la ceremonia de la presentación, el dueño de casa le guió en persona á los aposentos que le destinaba. «Aquí estará vuesa merced, le dijo, si no del modo correspondiente á su calidad, por lo menos con la holgura y las ventajas que ofrece el campo. Tan luego como se hubiere aderezado, holgaremos de verle con nosotros, para que nos sentemos á la mesa.» Volvió á la sala el buen señor, y encareció con firmes razones que nadie hiciese burla de su huésped. «La hospitalidad, dijo, es la cosa más delicada del mundo, así como la desgracia es la más respetable, y en el caso presente se reunen las dos, siendo el que tenemos en casa un hombre de los que, aun cuando se juzgan felices, á los ojos de los cuerdos deben pasar por desdichados.» Todos prometieron respetarle, y acto continuo estaban violando la promesa los mozalbetes y las niñas con no dejar de reirse de la catadura y el pelaje del reciénvenido. «Tú me vas á dar que hacer, dijo D. Prudencio á un joven de rostro festivosísimo que estaba ahí con una socarronería de desesperar á un muerto: cuidado, muchacho.» No lo era tanto, pues frisaba con los veinticinco años, y á justo título pertenecía al gremio de los calaveras. Pariente próximo de doña Engracia de Borja, los hijos de ésta no podían vivir sin él, y aunque no con sobrada inclinación al campo, se

venía con ellos, puesto que á la temporada concurriesen las señoritas de su gusto, que lo eran todas. Llamábase D. Alejo de Mayorga. Con alguna vanidad de su parte, hubiera muy bien podido titularse conde de Archidona, siendo como era tradición de la familia que sus antecesores habían dejado prescribir su título, porque no lo tenían en mucho, ó porque llamándose Mayorgas no habían menester otra cosa. Era D. Alejo el segundogénito, y como suele suceder, el ídolo de su madre: el libertino se lleva siempre la palma. Cuando éstos son de buena raza, no hay uno que no sea simpático. Ejerce el calavera un prestigio misterioso en los que tratan con él, y tanto, que á pesar de sus horribles travesuras, será querido en su casa con preferencia á sus hermanos, por juiciosos que éstos sean. De vivo ingenio, decidor, cuando se conseguía cogerle, era D. Alejo el alma de la tertulia. Y estudiante de todo el noble mancebo: cursó jurisprudencia en la universidad de Salamanca; pero al cabo de dos años echó de ver que su inclinación no era ésa, y estuvo á punto de seguir la carrera teológica, por complacer á la señora su madre, quien le rallaba por que se ordenase. La consideración del matrimonio, su idea primordial, le desvió de los proyectos eclesiásticos, y se entró de rondón en la milicia, su verdadera vocación. Y por Dios que fué militar gentil y valeroso, sin dejar en ningún caso ni tiempo de ser enamorado. Desde los diecisiete había empezado á querer casarse, y cada año renovaba su pretensión, siempre con otra novia, para tormento de su madre. ¡Qué de inquietudes, angustias, lágrimas, no costaba á la pobre señora ese adorado torbellino! Liberal, manirroto, jamás tenía un duro sino para echarlo por la ventana. Si detestaba los estudios serios, leía con vehemencia cuanta obra fantástica podía haber á las manos, como son novelas y libros caballerescos. Instruidísimo en cosas de poca monta, ejercitaba con sobrado calor la contenciosa movilidad de su temperamento, sin que hubiese punto de filosofía, humanidades, derecho, historia, artes ni oficios en que no diese su parecer y se remitiese á cien mil autores que no había leído.

Su hermano mayor, D. Zoilo de Mayorga, es vaciado en otro molde: joven asaz inteligente, su mérito principal consiste en juzgarse el primer hombre del mundo y en un filosófico desdén por la persona que está sobresaliendo y gozando de buena fama. Tiesierguido, el alma encambronada, todo lo decide con la autoridad del estagirita, cuando no es sino un pirrónico en cuya vida está campeando el egoísmo. El egoísmo, negra ausencia de los afectos nobles, los movimientos generosos del ánimo, que son la verdadera filosofía de los hombres de natural bueno y elevado. Llevarle la contra á este sumo pontífice es ser un tonto; saber algo uno es excitar su envenenada crítica, porque él no reconoce superior en ninguna materia, bien que la triste medianía le ha destinado á la indiferencia de los demás. Árbitro de las cosas, no hay nudo que no corte con la espada de Alejandro. Su elocuencia se ceba en el descrédito de los demás, y nunca tiene él más talento que cuando está haciendo ver palmariamente la inferioridad de sus amigos: parecele que no puede ser persona de viso, si ellos no son insignificantes: de la pequeñez de los otros saca su grandeza; y en esto no va fuera de camino, pues cuando nuestros méritos no descansan en las virtudes, preciso es que nuestra importancia derive de los defectos ajenos. El magnífico D. Zoilo no piensa, pero dice que todos los hombres de talento viven atormentados por la más vil de las pasiones: habla de la envidia; y siendo él un sabio de primera clase en la difamación al disimulo, la grandeza de su alma le tiene lejos de ese feo pecado. Envidia, ¡oh!, envidia, amor de Satanás, gloria del infierno, de allí sales al mundo en ráfagas pestilentes, y enfermas y emponzoñas al género humano. Fada malhechora, vuelves negro lo blanco: hieres en las virtudes tu varilla siniestra, y las conviertes en vicios; cae en tus manos la inocencia, y se vuelve malicia. Tu lengua vive nadando en un fluido corrosivo; es larga y puntiaguda. Pasa la honra y la picas; huye de ti la austeridad y la alcanzas. Ves sin ojos, oyes sin oídos, vuelas sin alas: acuciosa eres, aprensiva. Los merecimientos, los triunfos de los demás, son injurias para ti; las buenas obras, provocaciones horri-

bles; pero si te conviene el disimulo, disimulas: una de tus diligencias suele ser la hipocresía. D. Zoilo de Mayorga es víctima de la envidia, si bien él mismo no sabe lo que nadie pueda envidiar en él, ó sus hechos admirables se han perdido en la ingrata memoria de las gentes. Para dar la última pincelada al carácter de este magnate, diremos que él no hubiera visto con indiferencia el título de marqués de Huagrahuigsa, y allá para su capote lo era en efecto, y por tal se tenía, desdeñando airadamente á los que no sintiesen correr por sus venas sangre de Braganzas.



CAPITULO XXV

DE CÓMO ENTRÓ EN CONVERSACIÓN NUESTRO CABALLERO
CON LOS SEÑORES DEL CASTILLO

Desarmado el caballero, se presentó garbosamente en la sala, supliendo con el desparpajo lo que faltaba de adorno á su persona, é hizo de nuevo su mesura con la rodilla ante la señora, á la cual convino ofrecer la mano para pasar al comedor. Puestos á la mesa, dijo D. Quijote: «Perdonad por indiscreto, y decidme, señores, vuestros nombres si gustáis. — El mío es D. Prudencio Santiváñez, señor caballero; mi mujer se llama doña Engracia de Borja. — Criada del señor D. Quijote, añadió doña Engracia. — ¿Todos estos jóvenes de uno y otro sexo pertenecen á la familia de vuesa merced? La mesa de Príamo no fué más concurrida, ni más feliz la venerable Hécuba con sus cincuenta hijos. — No todos lo son de mis entrañas, respondió la señora; aunque sí mis parientes. Por el afecto, cuantos ve aquí vuesa merced son hijos míos. — Cuando el amor y la concordia gobiernan á una familia, dijo D. Quijote, por el número de sus miembros se ha de medir su felicidad. Los antiguos patriarcas eran de suyo respetables, más por su numerosa descendencia, pues había casa de cien personas, ó poco menos, como las de los jueces de Israel, Abdón, Jair. — ¿Cuál es el estilo, señor don Quijote, preguntó D. Alejo, entre los caballeros andantes res-